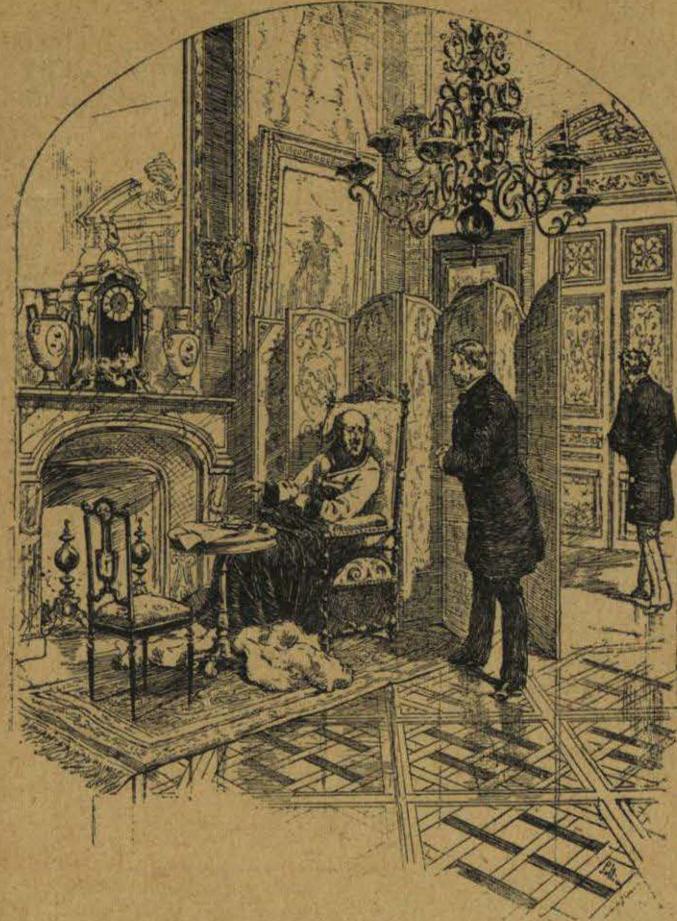


tendéis luchar cara á cara con París, y para esto, querido, se necesita más talla de la que tenéis y una mano mas lista. París no es el Oriente, y si no se retuerce el gaznate á las personas que nos cargan, ó no se las mete en un saco de cuero y se las echa al agua, hay en cambio otras maneras de hacerlas desaparecer. Noël, que vuestro amo se vaya con tiento... El mejor día! París va á engullirse como yo me engullo esta ciruela sin más que abrir y cerrar la boca!

Creed que estaba imponente el buen anciano, y yo, á pesar de todos sus afeites, me sentía poseído de respeto hacia él. Mientras hablaba, oíanse arriba los acordes de la música y de los cantos, y en la plaza los caballos de los municipales que tascaban el freno. La fiesta había de producir un magnífico efecto. ¡Y pensar que tal vez dentro de tamaño aparato se escondía la ruina! Nosotros estábamos allí como ratones que se reúnen en consejo en la sentina, cuando el buque comienza á hacer agua, sin que los tripulantes lo hayan observado todavía, y comprendía que la primera voz de alarma sería para lacayos y camareras la señal de un ¡sálvese quien pueda!.. Pero ¿es posible una catástrofe semejante?... En tal caso, ¿qué sería de mí, y de la *Territorial*, y de mis anticipos, y de mis atrasos?

Ello es que ese maldito Francis me hizo venir calofríos.



XVI

UN HOMBRE PÚBLICO.

EL calor luminoso de una serena tarde de Mayo, daba la tibieza del cristal de invernadero á los altos ventanales del palacio de Mora, cuyos transparentes de seda azul se veían desde el exterior por entre el ramaje, y á sus espaciosos miradores, cuyo pretil festoneaban á todo lo largo del muelle una infinidad de flores exóticas que la

estación acababa de abrir por vez primera. Los grandes-rastrillos que chirriaban por entre los cuadros de flores del jardín trazaban en la arena de las avenidas los leves pasos del verano, cuya refrescante canción parecía el arrullado batir de las mangas de riego en los herbajes de las pelusas.

Á la suave placidez de la temperatura, desplegábase todo el lujo de aquella señorial mansión, y daban á su belleza aspecto de grandiosidad el silencio, la quietud de aquella hora meridiana, única del día en que no se oía el batir de las grandes puertas de antecámara, y aquella vibración incesante de los timbres de entrada ó de salida, como la palpitación calenturienta de la vida de una casa del gran mundo. Era sabido que el duque daba audiencia en el ministerio hasta las tres; que la duquesa, una sueca no vuelta en sí todavía de los fríos de Stockolm, comenzaba á sacar el pie á aquella hora de su soñoliento camarín; así que nadie parecía por allí, ni visitas, ni pretendientes, y los lacayos, perchados como flamencos en las gradas de la escalinata desierta, eran los únicos que animaban la monotonía del palacio con la menguada sombra de sus aflautadas piernas y el bostezador fastidio de su ociosidad.

Con todo, aquel día, por excepción, veíase el cupé marrón de Jenkins aguardando en un ángulo del patio. El duque, indispuerto desde la vispera, habíase sentido peor al levantarse de la mesa, y había mandado á buscar con urgencia al hombre de las perlas para interrogarle acerca de su singular estado. No le dolía en parte alguna, sueño y apetito como siempre, pero, con todo ello, cierta dejadez increíble y la impresión de un frío tan intenso que no había modo de echárselo de encima. Así, en aquel momento, á pesar del magnífico sol de primavera que inundaba su dormitorio, á pesar de la acolchada bata azul en que se envolvía, de los biombos que le guarecían, el duque tiritaba, y mientras iba poniendo firmas en los documentos que un oficial de secretaría iba recogiendo, luego de firmados, de encima de la mesita de laca dorada, puesta tan cerca del fuego que llegaba á desconcharse, á cada punto acercaba sus dedos entumecidos á la

lumbre que hubiera podido quemarle la piel sin devolver una circulación de vida á su cárdena rigidez.

¿Sería tal vez por inquietud que le causase la indisposición de su ilustre cliente? Ello es que Jenkins estaba como sobreexcitado, nervioso, medía la alfombra á grandes pasos, huroneando, husmeando á derecha é izquierda, buscando por el aire algo sutil é impalpable como el rastro de un perfume ó el invisible surco que deja el paso de una ave. Oíase el chisporroteo de la leña en el hogar, el ruido de los papeles á toda prisa hojeados, la voz indolente del duque que con una sola palabra, clara y precisa siempre, indicaba la respuesta á una carta de cuatro carrillas, y los monosílabos respetuosos del oficial: «Sí, señor ministro... No, señor ministro...» y de vez en cuando el rechinar de una pluma torpe y rehacia. En el exterior silbaban alegremente las golondrinas por encima del agua, y allá, hacia los puentes, sonaba un clarinete.

—No puedo más, dijo de pronto el ministro de Estado poniéndose en pie... Llevaos esto, Lartigues; volveréis mañana... No puedo escribir... Siento demasiado frío... Tomad, doctor, tocadme las manos, no parece sino que las acabe de sacar de un cubo de agua helada... Dos días há que tengo todo el cuerpo de esta manera... ¿No es ridículo con el tiempo que hace?...

—No lo extraño, murmuró entre dientes el irlandés en tono seco que contrastaba con su habitual melosidad.

La puerta se había vuelto á cerrar detrás del joven oficial que se llevaba sus mamotretos con majestuosa propopeya, aunque muy contento, según toda presunción, de encontrarse libre y de poder, antes de regresar al Ministerio, dar un par de vueltas por las Tullerías, llenas de trajes de primavera y de muchachas bonitas sentadas al rededor de las sillas vacías aún en la música, cabe los castaños en flor agitados desde la cima á las raíces por el gran estremecimiento del mes de los nidos. ¡Ah! el oficial sí que no estaba helado...

Jenkins, sin abrir la boca, examinaba el enfermo, auscultaba, percutía, hasta que con la misma rudeza de antes, que en rigor podía explicarse por su afecto inquieto, por la irritación del médico que ve que se infringen sus prescripciones:

—Pero vamos á cuentas, querido duque, ¿qué método de vida lleváis desde hace algún tiempo?

Sabía por los chismes de antecámara, que el duque tenía un nuevo enredo, que este capricho de última hora le traía movido, le agitaba de un modo extraordinario, y esto, unido á las observaciones que había ido recogiendo, engendraba en el ánimo del doctor una sospecha, un loco anhelo de averiguar el nombre de la nueva favorita. Esto era lo que procuraba escudriñar en la frente pálida de su enfermo. Pero todos sus esfuerzos se estrellaban ante la impasibilidad de aquel rostro, uno de esos rostros de conquistador afortunado, cerrados herméticamente como los cofrecillos de secreto que guardan joyas y cartas de mujeres, en la discreción á toda prueba de su mirada fría y azul, mirada de acero que quebrantaba las perspicacias más astutas.

—Os equivocáis, doctor, contestó tranquilamente la Excelencia... He hecho como siempre.

—Pues bien, señor duque, habéis hecho mal, repuso el irlandés con brutalidad, furioso, al ver que no podía descubrir nada.

Y comprendiendo que se había propasado más de lo regular, apresuróse á diluir su mal humor y la severidad de su diagnóstico en una tisana de vulgaridades, de axiomas... Había que ir con mucho tiento... La medicina no podía hacer milagros... La eficacia de las perlas Jenkins estaba subordinada á las fuerzas humanas, á las exigencias de la edad, á los recursos de la naturaleza que por desgracia tienen sus límites... El duque le interrumpió en tono nervioso:

—Vamos á ver, Jenkins; ya sabéis que no soy amigo de frases... ¿Hay que ir por otro camino?... ¿Cuál es mi mal?... ¿De qué proviene este frío?

—Es anemia, extenuación... Una baja en el aceite de la lámpara.

—¿Y qué es lo que hay que hacer?

—Nada. Descanso absoluto... Comer, dormir, abstinencia completa de... Si fuérais una temporada á Grandbois.

Mora se encogió de hombros.

—¿Y la Cámara, y el Consejo, y... ¡Bah! ya veis que no es posible.

—Á lo menos, señor duque, es indispensable, como suele decirse vulgarmente, clavar la artillería, renunciar por completo á...

Jenkins fué interrumpido por la entrada del ugier de guardia, quien discretamente y de puntillas, como un maestro de baile, venía á entregar una carta y una tarjeta al ministro de Estado que seguía tiritando junto á la lumbre. Al ver aquel sobre de un gris satinado, de forma tan original, el irlandés se estremeció involuntariamente, mientras el duque, luego de haber abierto y recorrido la carta, se ponía en pie, vuelto de muerte á vida, luciendo en las mejillas el leve rosado de salud ficticia que no había logrado darle todo el ardor de la chimenea.

—Querido doctor, necesito á toda costa...

El ugier, en pie, aguardaba.

—¿Qué hay?... ¡Ah! sí, la tarjeta... Que pasen á la galería. Voy al momento.

La galería del duque de Mora, abierta á los visitantes dos veces á la semana, era para él una especie de terreno neutral, un sitio público, donde podía ver á todo el mundo sin compromiso de ningún género...

Y en cuanto el ugier hubo salido:

—Jenkins, mi buen Jenkins, habéis hecho milagros por mí. Os pido que hagáis otro. Duplicad la dosis de mis perlas, inventad algo, lo que se os antoje... Necesito estar á punto para el domingo... Ya nos entendemos, completamente á punto.

Y sus dedos reconfortados y calenturientos, que sujetaban el billete, se crispaban con la convulsión del deseo.

—Id alerta, señor duque, dijo Jenkins sumamente pálido y con los labios apretados, no quisiera alarmaros más de lo regular acerca de vuestro estado de decaimiento, pero es mi deber...

Mora tuvo una deliciosa sonrisa de insolencia:

—Vuestro deber y mi gusto son dos cosas muy distintas, compañero. Dejad que eche la vida por la ventana si esto me divierte. En mi vida he tenido mejor ocasión que la presente.

El duque se estremeció.

—La duquesa...

Acababa de abrirse una puerta y de asomar por entre los cortinajes una cabecita vivaracha de blondas greñas que surgía de entre los vaporosos encajes y perendengues de un regio peinador.

—¿Cómo es esto? ¿No habéis salido de casa... Reñidle, reñidle, doctor. ¿Verdad que hace mal en ser tan aprensivo? Basta con mirarle la cara. No puede hacerla mejor.

—Ya lo oís, doctor, ya lo oís, dijo riéndose el duque al irlandés... ¿No entráis, duquesa?

—Al contrario, quiero que vengáis conmigo. Mi tío d'Estaing me ha mandado una jaula llena de pájaros de América, con unos ojillos que parecen perlas negras... Y friolentos, friolentos, casi tanto como vos.

—Vamos, á ver, dijo el ministro. Aguardaos, Jenkins. Vuelvo al instante.

Luego, notando que tenía aún el billete en la mano, lo echó negligentemente en el cajón de su mesita de firmar, y salió detrás de la duquesa con una sin par sangre fría de marido acostumbrado á semejantes maniobras.

¿Qué obrero prodigioso, qué fabricante incomparable de juguetes ha podido dotar á la máscara humana de la flexibilidad de resortes, de su elasticidad maravillosa? Nada tan divertido como aquel rostro de gran señor, sorprendido con el adulterio en los labios, los pómulos encendidos por los espejismos del prometido placer, y transformándose en un minuto en una serenidad de ternura conyugal; nada más curioso que el rendido ágasajo, que la sonrisa paternal, á lo Franklin, de Jenkins en presencia de la duquesa, transformándose de repente, no bien quedó solo, en una feroz expresión de rabia y de odio, en una palidez de crimen. la palidez de un Castaing ó de un Lapommerais amasando sus siniestras traiciones.

Una ojeada rápida á cada una de las dos puertas, y de un salto se plantó delante del cajón atestado de papeles importantísimos, cuya cerradura conservaba el llavín de oro con una insolenta negligencia que parecía decir: «Á ver quién se atreve.»

Pues Jenkins se atrevió.

La carta estaba allí, á mano, encima de un montón de otras cartas. El tacto del papel, tres palabras de dirección

trazadas en un carácter sencillo y atrevido, y luego el perfume, aquel perfume, evocador que enloquecía, el aliento mismo de su divina boca... Era cierto, no le habían engañado su amor celoso, ni la turbación que producía su presencia desde hacía algún tiempo, ni el aspecto remozado y tapujón de Constanza, ni aquellos ramos de flores que se expandían magníficamente en el taller como á la sombra de una falta... Conque ¿por fin se rendía aquel indomable orgullo? Pero, entonces, ¿por qué no á él, á Jenkins? Él que la amaba hacía tanto tiempo, que la había amado siempre, que tenía diez años menos que el otro y que no tiraba, ¡ah! no... Todas estas ideas le traspasaban el cerebro y acribillado, desgarrado, con los ojos cegados por la sangre, permanecía allí, inmóvil, devorando aquel diminuto sobre satinado que no se atrevía á abrir cuando un roce de cortinajes que le hizo tirar apresuradamente la carta y volver á cerrar el cajón maravillosamente ajustado de la mesita de laca, le advirtió de que alguien acababa de entrar.

—¡Toma! Sois vos, Jansoulet; ¿como por ahí?

—Su Excelencia me ha dicho que le aguardase en su habitación, contestó el Nabab muy orondo de verse introducido de aquella suerte en la intimidad de la casa, sobre todo en aquella hora que no era de audiencia. La verdad es que el duque empezaba á demostrar una simpatía real por aquel salvaje. Por una porción de razones: en primer lugar, porque le gustaban los atrevidos, los listos los aventureros de buena estrella: su acento, sus maneras decididas, sus aduaciones algo brutales y cínicas le descasaban de aquella eterna convención de sus palaciegos, de aquel azote administrativo y cortesano,—la frase,—por el cual había llegado á sentir tamaño horror que no concluía nunca el periodo comenzado. En cambio el Nabab tenía un sistema imprevisto de poner contera á los suyos, lleno de sorpresas; por añadidura, jugador sin rival, que en el casino de la calle Real perdía sin pestañear partidas de descarte á cinco mil francos la ficha: ¡Y tan cómodo cuando convenía echarse de encima algún cuadro, dispuesto siempre á adquirirlo costase lo que costase! Á estos motivos de simpatía condescendiente había venido á agre-

garse en los últimos tiempos un sentimiento de lástima y de indignación ante la persecución encarnizada de que le veía víctima. Hay que hacer justicia á Mora. No le gusta ir de reata detrás del vulgo. Al ver en un rincón de la galería la cara bonachona siempre, pero un tanto lastimosa y desencajada del Nabab, le había parecido una cobardía el recibirle allí y le había hecho subir á su estancia.

Jenkins y Jansoulet, bastante contrariados al encontrarse frente á frente, habían cambiado algunas frases banales. Hacía algún tiempo que se había entibiado su amistad, desde que Jansoulet se había negado categóricamente á seguir subvencionando la obra de Bethleem, lo cual tenía al irlandés, con el santo y sin la limosna, furioso de semejante defección, y más furioso todavía en aquel momento por no haber podido abrir la carta de Felicia antes de la llegada del intruso. Por su parte, el Nabab se preguntaba si el doctor había de estar presente á la conferencia que deseaba tener con el duque acerca de las infames alusiones del *Mensajero*, inquieto á la vez por saber si semejantes calumnias habían hecho mella en aquella soberana voluntad que tan indispensable le era para el momento de la discusión de su acta electoral. La acogida de que había sido objeto en la galería le había tranquilizado á medias; pero acabó de tranquilizarse al ver entrar al duque y dirigirse á él tendiéndole la mano.

¡Y bien! pobre Jansoulet, ya veis que Paris os ha hecho pagar cara la bienvenida. ¿Queréis más escándalos, y odios, y cóleras?

—¡Ah! señor duque, si supiéseis...

—Lo sé... lo he leído... dijo el ministro acercándose á la lumbre.

—Espero que V. E. no habrá dado fe á esas infamias... Además traigo aquí... Tengo pruebas.

Y con sus recias patas vellosas que la emoción hacía temblar, buscaba febrilmente por entre los papeles de una enorme cartera de chagrín que llevaba debajo del brazo.

—Dejad, dejad... Estoy enterado de todo... Sé que con intención ó sin ella se os confunde con otra persona, que consideraciones de familia.

Y al observar el azoramiento del Nabab, y como le tenía estupefacto el encontrarle tan bien informado, el duque no pudo menos que sonreír:

—Un ministro de Estado ha de saberlo todo... Pero perded cuidado. Seréis admitido contra viento y marea. Y una vez admitido...

Jansoulet respiró como si se hubiese quitado un peso de encima.

—¡Ah! señor duque, si supiéseis el bien que me hacéis hablándome en estos términos... Comenzaba ya á perder las esperanzas... Mis enemigos son tan poderosos... Y á todo esto una mala suerte... Figuráos que el ponente que ha de informar acerca de mi acta es nada menos que Le Merquier.

—¿Le Merquier?... ¡diablol...

—Sí, Le Merquier, el agente de negocios de Hemerlingue, este cochino de beatuchón que ha convertido á la baronesa, sin duda porque su religión le prohibía tener por querida á una musulmana.

—Vamos, vamos, Jansoulet...

—¿Qué queréis, señor duque?... Al fin se pierde la paciencia... Además, considerad en qué situación me han puesto esos miserables... Hace ocho de días que debería tener el acta aprobada y van demorando de intento la sesión porque conocen la terrible posición en que me encuentro, con mi fortuna paralizada, el Bey en expectativa de la decisión de la Cámara para saber si puede ó no apretar el tornillo... Tengo allá abajo ochenta millones, señor duque, y aquí comienzo á enseñar las carnes... á poco que esto siga así...

Y se enjugó las gruesas gotas de sudor que le caían por las mejillas.

—Pues bien... dijo el ministro con cierta viveza... yo me encargo de este asunto... Voy á escribir inmediatamente para que se ultime el dictamen, y aunque tenga que hacerme llevar á la sesión...

—¿Está V. E. enfermo? preguntó Jansoulet con interés que, yo os lo aseguro, no tenía nada de fingido,

—No... un poco de debilidad... Falta sangre; pero Jenkins se encargará de suplirla... ¿Verdad, Jenkins?

El irlandés, que no escuchaba, hizo un movimiento indefinible.

—¡Mal rayo! sangre, sangre... á mí que me sobra tanta. Y el Nabab se estiraba la corbata que ceñía su cuello apoplético, hinchado por la emoción, por el calor de la estancia... Si pudiera daros una parte de la mía, señor duque.

—Sería un buen negocio para los dos, repuso el ministro de Estado con pálida ironía... Sobre todo para vos que sois una centella, y que en momentos como ahora tanta calma necesitáis... Jansoulet, idos con mucho tiento. No os dejéis llevar de esas explosiones, de esos arrebatos de cólera en que ellos fian su negocio... ¡Que los periódicos os insultan! No los leáis si no sabéis disimular la emoción que os produzcan... No queráis que os suceda lo que á mí con el ciego del puente de la Concordia, un maldito tocador de clarinete que me está amargando la vida diez años há con su continuo sonsonete: *De tes fils, Norma...* He apurado todos los recursos, desde el dinero hasta las amenazas, para hacerle marchar. Todo inútil... ¿La policía?... ¡Sí! ¡ya!.. Con las ideas modernas, echar á un ciego del rincón de su puente es obra de romanos... Los periódicos de oposición armarían un alboroto, los parisienses lo podrían pronto en fabulita... *El remendón y el Banquero... El Duque y el clarinete...* Y no me queda otro remedio que resignarme... Por otra parte yo me tengo la culpa. No debía darle á entender á ese fulano que me molestaba... Estoy seguro de hoy por hoy mi suplicio constituye la mitad de su vida. No falta ni un solo día, ¡miserable!.. Y si no, con sólo entreabrir la ventana oiríais al punto ese chorro de notitas ásperas dominando el ruido del agua y de los carruajes... Pues bien, ese escritorzuelo del *Mensajero* viene á ser vuestro clarinete; si ve que su música os molesta, seguirá tocando... Y ahora, querido diputado, permitidme que os recuerde que á las tres tenéis sesión en las secciones, y que os despidan para la Cámara.

Luego, volviéndose á Jenkins:

—Quedamos en lo dicho, doctor... Para pasado mañana una buena dosis de perlas... ¡Y que aprieten!...

Jenkins se estremeció, y dando una sacudida como quien despierta de una pesadilla:

—Lo dicho, querido duque, se os dará ánimo... Sí, ánimo... hasta ganar el gran premio del Derby...

Saludó y se fué riendo, una verdadera risa de lobo que muestra al descubierto la doble hilera de sus blancos dientes. El Nabab se despidió á su vez con el corazón rebosando gratitud... Y el ministro de Estado, solo ya, hecho un ovillo, junto á la leña aburujada por la llama invasora, ponfase á tiritar otra vez, á tiritar tan fuertemente que la carta de Felicia, abierta de nuevo entre las puntas de sus dedos cárdenos y que leía con apasionada fruición, temblaba crujiendo con roce de seda.

No cabe imaginar posición más especial que la de un diputado en el periodo que sigue á su elección y antecede á lo que la monserga parlamentaria denomina la discusión del acta. Parécese en algo á la alternativa del recién casado, durante las veinticuatro horas que separan la ceremonia del matrimonio en la alcaldía, de su consagración por la Iglesia. Derechos de que no se puede gozar, una dicha á medias, representación á medias, la duda entre el más acá y el más allá. Se es y á un mismo tiempo no se es casado, se es diputado y no se está seguro de serlo. La diferencia consiste en que, para el diputado, semejante incertidumbre se prolonga días y más días, semanas y más semanas, y cuanto más dura, cuanto más problemática se hace la aprobación, mayor es el suplico para el infortunado representante, obligado á asistir á la Cámara, á ocupar un asiento que tal vez no logrará conservar, á oír discusiones cuyo final está expuesto á no conocer, á grabar en sus ojos y en sus oídos el delicioso recuerdo de las sesiones parlamentarias, con su marejada de frentes calvas ó apopléticas, su batiburrillo de restregones de papel, de gritos de los ujieres de cortapapeles tamborileando sobre las mesas, de corrillos en que la voz del orador destaca á solo retumbante ó tímido con no interrumpido acompañamiento.

Semejante situación, ya de suyo enervante, se agravaba para el Nabab merced á las calumnias, cuchicheadas en el primer momento, y ya por fin impresas, circu-

lando á miles de ejemplares, que le valían ser puesto disimuladamente en entredicho por sus colegas. Los primeros días, iba y venía por los corredores, como todos los demás, encantado de sentar los pies en todos los rincones de aquel majestuoso laberinto; pero desconocido de la mayor parte, renegado por algunos miembros del casino de la calle Real, que procuraban escabullirse á su paso, detestado por toda la camarilla clerical que capitaneaba Le Merquier, y por el mundo financiero, hostil á aquel millonario que arrastraba el alza y la baja como esos buques de gran porte que ponen en revolución las aguas de un puerto, su asilamiento se hacía más profundo cuanto más mudaba de sitio, y por doquiera le perseguía la misma enemistad.

Hasta sus ademanes, su porte, influidos por esta posición, se habían vuelto algo encogidos, como desconfiados y vacilantes, Sentíase vigilado. Si entraba un momento en la cantina, llena de luz y que le gustaba sobremanera porque allí, los diputados dejaban de lado sus fieros imponentes y la garduña legislativa se hacía más familiar, restituida á la naturalidad por la naturaleza, sabía que al día siguiente aparecería en el *Mensajero* un sueltcito burlesco presentándole á sus electores como un empina-codos jubilado.

He aquí otra de sus pesadillas, los electores.

Aflúan á bandadas, invadían la sala *des Pas-perdus*, galopaban en todas direcciones como cabritillos ardientes y negros, llamábanse de [un extremo á otro de la sonora pieza, «¡O Pel... ¡O Tchél...» aspirando con delicia la atmósfera de gobierno, de administración; ponían los ojos en blanco al ver pasar á algún ministro y se iban detrás de él bebiendo los vientos como si hubiese de caer alguna credencial de sus bolsillos venerables ó de su ventruda cartera; pero, sobre todo acosando á «Moussiou» Jansoulet con tantas reclamaciones, exigencias y explicaciones, que para librarse de aquel tumulto gesticulador que llamaba la atención de todo el mundo y le convertía en una especie de delegado de una tribu de Touaregs en el seno de un pueblo civilizado, no tenía otro recurso que implorar con la vista el auxilio de algún ujier de servicio,

al tanto de aquellos salvamentos, quien acudía precipitadamente á decirle: «Que le llamaban con urgencia á la sección octava.» De suerte que no encontrándose bien en parte alguna, arrojado de los pasillos, del salón de conferencias, de la cantina, había acabado el pobre Nabab por no desamparar su banco en el cual se mantenía clavado y sin abrir boca durante toda la sesión.

Un amigo tenía, sin embargo, en la Cámara, un diputado recién elegido en Deux-Sèvres, llamado M. Sarigue, un pobre diablo incapaz de hacer daño á una mosca, tímido hasta el extremo de no poder decir dos palabras sin atragantarse, casi sin voz, revolviendo sin cesar por la boca pastillas de goma, lo cual acababa de empastelar sus frases. Todos se preguntaban qué había venido á hacer en la Asamblea un esperpento como aquel, y qué ambición femenina fuera de quicio, había empujado á la vida pública á aquel ente incapaz para toda clase de funciones privadas.

Por una de esas irónicas jugarretas de la suerte, Jansoulet, víctima á su vez de todas las inquietudes de su validación, había sido elegido en la sección octava para dictaminar acerca de la elección de Deux-Sèvres, M. Sarigue, que tenía conciencia de su incapacidad y un miedo cerval de que le mandasen á su casa de un puntapié, hacía el oso, humilde y suplicante, en torno de aquel mocetón tremendo cuyos anchos omóplatos se hinchaban, como al soplo de un fuelle, debajo del fino paño de su levitón, sin sospechar que dentro de aquella sólida envoltura se ocultaba un pobre sér tan atribulado como él.

Mientras se ocupaba en el dictamen sobre la elección de Deux-Sèvres, al observar las numerosas protestas, las acusaciones de amañios electorales, banquetes á los electores, votos comprados, toneles de vino colocados en las puertas de los colegios á disposición de los aficionados, en una palabra, el aparato usual de una elección en aquellos tiempos, Jansoulet se estremecía al pensar en la suya. «Pero si yo he hecho otro tanto...» decía para sí aterrado. ¡Ah! M. Sarigue podía estar tranquilo: la suerte no podía depararle un ponente mejor intencionado que el suyo, ni más buen chico, porque el Nabab, compadecido

de su paciente, conociendo por experiencia propia cuán dura era la espera, había acelerado su trabajo, y la enorme cartera que llevaba bajo el brazo al salir del palacio de Mora contenía su dictamen á punto de ser leído á la comisión.

Ora fuese por aquel primer ensayo de funciones públicas, ora por las buenas palabras del duque, ora por el tiempo magnífico que hacía y que producía un efecto delicioso en un meridional como él, hombre de impresiones meramente físicas y acostumbrado á moverse al calor del sol y bajo un cielo azul, ello es que los ujieres del cuerpo legislativo vieron comparecer aquel día á un Jansoulet altanero y orgulloso que no conocían hasta entonces. Acabó de ponerle en posesión de todo su aplomo y de toda la audacia de su temperamento el carruaje del grueso Hemerlingue parado al pie de la verja y que se daba á conocer de lejos por la inusitada anchura de su portezuela. «Ahí está el enemigo... Atención.» Con efecto, al atravesar el salón de conferencias, vió al banquero que departía en un ángulo con Le Merquier el ponente, fué á pasar junto á ellos, y les miró con aire triunfante que hizo pensar á los otros: «¡Si habrá algo!»

Á renglón seguido, satisfecho de su sangre fría, encaminóse á las secciones, vastas y elevadas piezas que daban por entrambos lados á un largo corredor, y cuyas grandes mesas cubiertas de tapetes verdes, y los pesados y uniformes sitiales, llevaban impreso el sello de una fastidiosa solemnidad. Los diputados iban compareciendo. Formábanse en grupos, discutían, gesticulaban, con saludos y apretones de manos y movimientos de cabeza que se dibujaban en el luminoso fondo de los cristales como sombras chinescas. Por acá cruzaban unos paseándose, cabizbajos, solitarios, como si no pudiesen con el peso de las ideas que fruncían sus frentes pensativas. Otros se hablaban al oído, comunicándose noticias excesivamente misteriosas y de última hora, punto en boca y los ojos esparrancados en muda señal de recomendación. El conjunto se distiguía por un marcadísimo sello provinciano; el acento recorría toda la escala departamental: violencias meridionales, finales rezagados del centro,

cantilenas bretonas, fundido todo ello en la misma petulancia imbécil y ventruda; levitones á la moda de Landerneau, zapatos montañeses, ropa interior de hilatura doméstica; aplomos de campanario ó de tertulia de aldea, modismos locales, provincialismos introducidos bruscamente en el lenguaje político y administrativo, en esa fraseología vacua é incolora que de tamañas sandeces y despropósitos ha enriquecido nuestro maltrecho idioma.

A tomar en serio á tanto bullicioso y á tanto meditabundo como pululaba por allí, no parecía sino que uno se hallase en presencia de los más tremendos removedores de ideas del universo; por desgracia, al llegar los días de sesión, se transformaban, manteníanse quietos en su banco, miedosos como estudiantes bajo la férula del profesor, riéndose con bajeza al menor chiste de su listo presidente, ó pidiendo la palabra para hacer las mociones más descabelladas; ó para interrupciones de esas que darían margen á creer que no es un tipo, sino una raza entera, lo que Enrique Monnier ha estigmatizado en su inmortal croquis. En resumen, un par ó tres de oradores por una Cámara entera, y el resto, muy buenos para instalarse cómodamente junto á la chimenea de un salón de provincia, tras un excelente almuerzo en casa del prefecto, y decir con voz nasal: «La administración, señores...» ó bien «El gobierno del Emperador...» pero incapaces de pasar de ahí.

Por lo común, el bueno del Nabab se dejaba deslumbrar por esas actitudes, por esos golpes de bombo de los importantes; pero aquel día se encontraba al unísono con todos los demás. Mientras, sentado delante de la mesa verde, con la cartera encima de ésta y entrambos codos encima de la cartera, leía el dictamen redactado por de Géry, los individuos de la sección le contemplaban mudos de asombro. Era un resumen claro, completo y sucinto de sus trabajos de la quincena, en el cual volvían á encontrar sus ideas, tan bien expuestas que á duras penas las reconocían. Terminada la lectura, y como dos ó tres de los asistentes observasen que el dictamen pecaba de favorable, que no hacía bastante hincapié en algunas protestas elevadas á la sección, el ponente tomó la palabra

con una seguridad asombrosa, y con la facundia y la prolijidad peculiar de todos los de su país, demostró que un diputado no debía ser responsable más que hasta cierto punto, de la imprudencia de sus agentes electorales, que de no hacerse así, no había elección que pudiese resistir un examen algo minucioso; y como en el fondo lo que defendía era su propia causa, lo hacía con una convicción, con un calor irresistible, procurando entreverar su peroración de algunos de esos interminables sustantivos rimbombantes y huecos que tantos gustaban á la comisión.

Los demás le escuchaban con recogimiento, transmiéndose sus impresiones por medio de signos de cabeza, borroneando, para fijar más la atención, frases y monigotes en sus pupitres, lo cual concertaba perfectamente con el rumor estudiantil de los corredores; especie de murmullo de lecciones recitadas de memoria, y con los píos de un enjambre de pajarillos que revoloteaban por el patio enlosado, circudio de arcadas, verdadedero patio de colegio.

Aprobado el dictámen, mandóse á buscar á M. Sarigue para pedirle algunas explicaciones suplementarias. Presentóse, pálido como un muerto, desconcertado y tartamudeando á la manera del criminal por casualidad, y daba risa ver los aires de protección, de autoridad con que Jansoulet procuraba animarle, tranquilizarle: «Vamos, serenidad, querido colega... Pero los miembros de la octava sección no reían. Quien más, quien menos, todos eran de la pasta de M. Sarigue, amen de dos ó tres absolutamente alelados y atacados de una mudez parcial. Tanto aplomo, tanta elocuencia les habían sacado de sus casillas.

Cuando Jansoulet salió del Cuerpo legislativo, acompañado hasta su carruaje por su agradecido colega, serían cosa de las seis. El tiempo espléndido y un sol hermoso que se ponía, hecho una ascua de oro, en aguas del Sena por la parte del Trocadero, hicieron entrar en ganas de un regreso á pie á aquel robusto plebeyo, obligado por las conveniencias á ir en carruaje y á calzar guantes, pero que prescindía, á poco que pudiese, de semejantes aditamentos. Despidió el coche, y con la cartera bajo el brazo,

la emprendió por el puente de la Concordia. Desde el primero de Mayo que no se había sentido tan dichoso como en aquel instante. Con andar pausado, el sombrero echado algo atrás en la actitud que había visto que tomaban los políticos atareados, dejando que con la frescura del ambiente se evaporase toda la calenturienta excitación de su trabajo cerebro, como una fábrica da suelta á su vapor por la cloaca al terminar las horas de trabajado, seguía su camino por entre una porción de siluetas parecidas á la suya, visiblemente salidas del templo de columnas que por cima de las fuentes monumentales de la plaza hace frente á la Magdalena. Á su paso volvíanse los transeuntes diciendo: «son diputados...» Y Jansoulet, al oírlo, se pavoneaba con alegría infantil, una alegría de pueblo, conjunto de ignorancia y de vanidad inocente.

«*El Mensajero*, edición de la tarde...»

Los paquetes salían del kiosco de periódicos situado en el extremo del puente, lleno á aquella hora de montones de pliegos frescos, que dos mujeres iban doblando rápidamente y que olían á prensa húmeda, á noticia de última hora, al acontecimiento ó al escándalo del día. Casi todos los diputados, al pasar, compraban un número y lo recorrían ávidamente con la esperanza de ver citados sus nombres. Jansoulet, en cambio, por miedo de hallar el suyo, pasó de largo. Pero luégo pensó: «¿Acaso un hombre público no ha de hacerse superior á estas debilidades? Ya me siento fuerte para leer cuanto digan.» Volvió atrás y compró un número como sus colegas. Abriólo tranquilamente y se fué derecho al sitio que ocupaban habitualmente los artículos de Moëssard. Precisamente había uno. Siempre el mismo título: *Chinescas*, y por firma, una M.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el hombre público, firme y frío como un mármol y con desdeñosa sonrisa. Todavía resonaba en sus oídos la lección de Mora, y, de haberla olvidado, bastara á recordársela el aire de *Norma* desgranado en pequeñas notas no lejos de allí. Pero, aun calculándolo todo en punto á las contingencias de la vida, queda siempre un espacio para lo imprevisto; y aquí lo imprevisto fué que el Nabab sintió cegados sus ojos de

improvisó por una oleada de sangre, y ahogársele un grito de rabia en la súbita contracción de su garganta... Aquella vez aparecía mezclada en la villana broma de *la barquilla de flores* su madre, su adorada viejecita. ¡Que bien apuntaba Moëssard! ¡Cómo sabía los puntos flacos de aquel corazón tan candorosamente abierto!

—Calma, Jansoulet, calma.

Pero en vano repetía para sí estas palabras en todos los tonos; una cólera brutal, esa embriaguez de sangre que quiere sangre, se había apoderado de todo su sér. Su primer impulso fué detener un coche de plaza para precipitarse en él, para sustraerse al irritante bullicio callejero, para librar á su cuerpo de la preocupación de andar y de mantenerse en dirección, parar un coche como para un herido. Pero lo que invadía la plaza en aquella hora de regreso general eran centenares de victorias, de carretelas, de tilburys que bajaban de la gloria fulgurante del Arco de Triunfo hacia la fresca violácea de las Tullerías, precipitándose las unas encima de las otras, en la perspectiva decendente de la avenida, hasta la anchurosa encrucijada donde las estatuas inmóviles, coronadas de torres y firmes en sus pedestales, las veían separarse por el barrio Saint-Germain, la calle Real y la de Rívoli.

Jansoulet, con el periódico en la mano, atravesaba por entre el tumulto sin siquiera parar mientes en él, dirigiéndose maquinalmente hacia el casino donde iba diariamente, de seis á siete, á jugar su partida. Hombre público, seguía siéndolo; pero agitado, hablando en alta voz, balbuceando votos y amenazas con voz que de pronto reblandecía el recuerdo de la pobre anciana... ¡Á ella, hasta á ella, haberla metido en aquel lodazal!... ¡Oh! si ella lo leyese, si ella llegase á comprender... ¡Qué castigo inventar para un infame tan infame!... Á todas estas llegaba á la calle Real en la cual se engolfaban disparados y con exhalaciones de hoja, visiones de mujeres veladas, cabelleras de niños rubios, vehículos de todas formas que regresaban del Bosque trayendo al empedrado de París un poco de tierra vegetal y efluvios de primavera mezclados con aroma de polvo de arroz.

Frente al ministerio de Marina estuvo á pique de coger

la acera, al dar la vuelta, un faetón alto, de ruedas ligerísimas, parecido á una descomunal araña cuyo cuerpo formasen el lacayuelo engarabatado en el arcón y el fulano y la fulana que ocupaban la delantera.

El Nabab levantó la cabeza, ahogó un grito.

Al lado de una chica pintada, de cabellos rojos, con un sombrerillo de anchas bridas, la cual, encaramada en su almohadón de cuero, azuzaba el caballo con las manos, con los ojos; con toda su figurilla tiesa y á la vez echada hacia adelante, pavoneábase, sonrosado también y lleno de colorote, florido en el mismo estiércol, cebado por idénticos vicios, Moëssard, el lindo Moëssard.

La ramera y el periodista, y de los dos, no era ella todavía la más venal!

Dominando aquella procesión de mujeres arrellanadas en sus carretelas, de hombres sentados frente á ellas y hundiéndose en la oleada de volantes de sus vestidos, todas aquellas actitudes de cansancio y de aburrimiento que los ahitos despliegan en público como en menosprecio de los placeres y de la fortuna, los dos miserables se pavoneaban insolentemente, ella, satisfecha de pasear al amante de la reina, y él, sin el menor asomo de vergüenza al lado de aquella infeliz que se entretenía en fustigar á los transeuntes con la punta del látigo, á cubierto, por la elevación de su asiento, de las saludables zarpadas de la policía. Tal vez el amante de la reina, para hacer tomar varas á su regia querida, necesitaba ostentar debajo de sus ventanas á su compinche Susana Bloch, llamada Susanita la Roja.

—Hep... hep...

El caballo, un trotón de primera, alto y de piernas finísimas, verdadero caballo de cocota, volvía á entrar en vereda caracoleando y haciendo piruetas. Jansoulet tiró su cartera, y como si con ella tirase su gravedad, su prestigio de hombre público, dió un brinco terrible y se abalanzó al bocado del animal agarrándose á él con sus fuertes manos velludas.

Un arestro en la calle Real y en pleno día, sólo á un salvaje como él podía ocurrirsele.

—Abajo, dijo á Moëssard cuya cara se había puesto verde y amarilla al reparar en él. Abajo en seguida...

—Suelta el caballo, bruto...

—Arrea, Susana, es el Nabab.

Susana trató de recoger las riendas, pero el animal, agarrotado, se encabritó tan violentamente que en poco le vino como el frágil vehículo, á manera de honda, no disparase á cuantos lo ocupaban. Entonces, rabiosa de una de esas rabias de barrio bajo que hacen saltar en las muchachas como ella todo el barniz de su lujo y de su piel, cimbró al Nabab con un par ó tres de latigazos que resbalaron por la compacta callosidad de su rostro, pero que le comunicaron una expresión feroz, acentuada por la súbita blancura de su pequeña nariz que se hendió por la punta como la de un perro de presa.

—Bajad con mil diablos, ó va á rodar todo.

Entre un remolino de carruajes detenidos por falta de circulación posible ó que bordeaban lentamente el obstáculo con millares de pupilas ávidas de ver, entre el alboroto de los cocheros y el retintín de los bocados, dos puños de hierro sacudían toda aquella máquina...

—Pero, hombre, salta... Salta de una vez... Ya ves que nos echa abajo á todos... ¡Qué puño!

Y la chica miraba al hércules con interés.

Apenas Moëssard hubo puesto el pié en el suelo, antes que pudiese refugiarse en la acera hacia la cual acudían apresuradamente una porción de kepis negros, Jansoulet se arrojó encima de él, le levantó agarrado por el pescuezo como un conejo y sin hacer caso de sus protestas, de sus azorados gritos:

—Sí, sí, ya te las pagaré, miserable... Pero antes quiero hacer contigo lo que con los animales que se ensucian, para que no vuelvan á hacerlo...

Y se puso á frotarle, á sobarle rudamente la cara con el periódico que tenía en la mano hecho un ovillo, y con el cual le asfixiaba, le cegaba, llenándole la piel de desollones que manaban sangre teñida en colorete. Por fin pudieron arrancárselo de las manos, amorotado, casi asfixiado. Á durar unos minutos más, le mata.

Terminada la lucha, mientras arreglaba como podía los desperfectos experimentados en su traje y recogía la cartera de la cual habían saltado y volaban desparramados

hasta el arroyo los papeles de la elección Sarigue, el Nabab contestó á los municipales que le preguntaban por su nombre para instruir las correspondientes diligencias: «Bernardo Jansoulet, diputado por Córcega.»

¡Hombre público!

Sólo entonces se acordó de que era tal. ¿Quién lo dijera al verle de aquella suerte, ja leante y sin sombrero, como un mozo de cordel después de unas rifas, blanco de las miradas ávidas y burlonas de la gente que se había reunido y que se iba dispersando cada cual por su lado?

